

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas. Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

NÚM. 190.

Sevilla.—Martes 22 de Agosto de 1899

AÑO XXIII.

¡Republicanos!

Hemos llegado a la plenitud de los tiempos. Ha sonado la hora de las grandes reivindicaciones.

Estamos en los momentos en que la Patria y la libertad y los sagrados derechos del hombre nos conjuran al combate, reclaman nuestro esfuerzo, y con apremiantes requerimientos exigen de nosotros la eficaz acción, el decidido esfuerzo, el empeño de honor y de vergüenza que salve a España

Insensatos y cobardes. Arteros y malvados. Cómplices y serviles. Menguados y villanos. Desafectos al amor de patria, sin fé en las convicciones y sin honor como hombres... Todo esto, y algo más, seremos si, ante las desventuras de la Patria, no respondemos con grito unánime a tan requeridos apercibimientos, a tan justos clamores y tan justificadas demandas de un pueblo que quiere redimirse y reivindicar su mancillado honor.

Si el Gobierno se apercebe a la resistencia; si los partidos monárquicos y todas las fuerzas clericales y reaccionarias; si esos auxiliares de última hora, que brindan con economías y ofrecen soluciones democráticas, se conjuran contra nosotros, ¡mejor! Así la lucha será empeñada, y más brillante la victoria. Así el pueblo conocerá a todos sus enemigos, y su vigoroso empuje los destruirá de un solo golpe, sin dejar germen ni semilla que pudieran originar nuevos conflictos mañana.

¡Republicanos! Nuestra unión sincera. Nuestra inteligencia honrada. La disciplina de nuestra potente fuerza, apoyada en la razón de nuestro derecho y en el derecho de nuestra justa demanda, pondrá a todo el pueblo a nuestra devoción, y no habrá fuerzas, por muy potentes que sean, capaces de contrarrestar el empuje del torrente devastador que arrollará y destruirá todos los obstáculos que encuentre a su paso.

Revolución demanda el poder. Revolución claman las oposiciones monárquicas. Por la revolución económica se conjuran comerciantes e industriales, productores y banqueros. Las clases todas acomodadas se confunden en una obra de transformación para mixtificarla y destruir los beneficiosos resultados que el sentido de la palabra puede alcanzar, si se realiza por el órgano y los procedimientos adecuados.

Vamos, pues, a la revolución; pero a la revolución seria, transcendental, destructora de lo antiguo y creadora de lo nuevo.

Vamos, pues, a la revolución redentora, sin mixtificación ni acomodo, como los desastres la imponen, como la necesidad del pueblo la demanda, como a grito herido la proclaman los expoliados, los deshonrados, los envilecidos por causas ajenas, los que viven en la miseria, los que carecen de derechos y de justicia, los esclavos al servicio del cura y del cacique, los que gimen víctimas de las demasías del poder y esclavos de sus odios, los que aman al suelo como aman a sus hijos, los que consagran sacrificios en los altares de la Patria, los que rinden culto al ideal, los que se sienten ciudadanos y son esclavos, los que se consideran hombres y son parias, los que han prodigado su sangre y la de sus hijos y han dado a manos llenas su dinero, recibiendo, en cambio, la deshonra, y con ella una bofetada en el rostro y las vergüenzas de la Patria, entregada a la voracidad extranjera para garantizar el sostenimiento del régimen.

Estos quieren la revolución que redima y honre, que purifique y sane el organismo impuro, que sea germen de nueva vida, devolviéndonos honor y crédito, vergüenza y leyenda, libertad y derechos, y que lleve al pueblo a la categoría de señor y dueño de sus destinos.

Esta es la revolución que queremos. A esta revolución vamos. En ella ponemos todo nuestro empeño, y a su servicio honor, vida y hacienda. Con esta revolución brindamos a todos. Con esta revolución ofrecemos que la justicia del pueblo se hará sentir de modo inexorable en las cabezas de los culpables.

Con esta revolución haremos Patria y elevarémos nuestros corazones, demostrando al mundo que no es España la rebajada y la envilecida, sino sus Gobiernos, los que alevosamente trata-

ron de deshonrarla, como la habían desbajado y empobrecido.

Unámonos para la obra, concertémonos para la lucha y realicemos de verdad la obra redentora que apremiantemente demandan las excitaciones del pueblo, y España se ofrecerá a la República, y la Patria bendecirá nuestro esfuerzo, y sus mienes entonarán himnos de gloria al primero que se sacrifique por la causa nacional, hermanada con la idea de la República por la revolución.

Murmuraciones

Sigue la peste bubónica dando que hacer en Oporto, procurando, de camino, fastidiarnos a nosotros. Pero, afortunadamente, aseguran hombres doctos que la enfermedad pestífera se ceba siempre tan solo en la gente miserable que, por olvido ó lo otro, no se lava, y tiene costra tan dura como los osos. ¡Respiremos! En mi tierra me consta que son muy pocos los que conservan la mugre por satisfacción ó adorno... Los frailes únicamente son siempre aquí los costrosos: ¡que se los lleve la peste, ya que son tan apuestosos!

Predicciones que hace un periódico madrileño de mi mayor estimación como profeta:

«De aquí a Octubre, si ha de continuar la monarquía, caso dudoso, no tendrá más remedio que arrojar en los brazos de una concentración nacional democrática, que con el concurso en el gobierno de las clases industriales, agrícolas y mercantiles de España, realice las reformas prometidas, presente un presupuesto soportable y justo y aleje para siempre los peligros de una intolerable y bestial reacción política y religiosa, a que tiende la monarquía con la maravillosa ceguera con que Dios hiera a los que quiere perder.»

¡Dios te oiga, compañero! Pero... te prohibo terminantemente que vuelvas a decir que la monarquía padece de ceguera.

Primero... porque no es así, y si no, pruébe el colega a darle una moneda falsa a la hora de cobrar, ¡verá si la devuelve!

Y segundo... porque si fuera verdad que padece de ceguera, nos conviene tenerlo calladito para ver si tropieza y se rompe la crisma real.

Si damos en advertirla del mal que padece, se va a poner en cura, nos va a pasar la cuenta, y... ¡ya tenemos Silvela para ratol!

Nos dicen los doctores que han marchado a estudiar la epidemia en Portugal, que la fuerza expansiva es poca cosa; que es verdad que se muere, pero el mal no es hoy tan grave como en un principio; entonces, cuando el mal se presentó, murieron centenares de atacados, ¡pero que ya no muere el que murió! ¡Oh, doctores ilustres! Si no fuera por esa vuestra ciencia singular, ¡qué sería de España y sus colonias!... (He dicho sus colonias por... hablar; que las pobres colonias fallecieron víctimas de epidemia más sutil: ¡bubones yankis! Fueron provocados por pestes militares... y civil.)

Las hermosas, las artísticas Catedrales que tenemos en España a manera de fuertes para, desde ellas, disparar cantos, rezos y sermones, a los altos cielos, para que éstos nos concedan el triunfo de la santa fé católica, cuyo triunfo consiste en el mantenimiento de los santitos terrestres, nos cuesta la siguiente friolera:

«Cada catedral de Arzobispado alberga: un arzobispo con el sueldo de 32,500 pesetas cuando menos, y 40,000 el que más, excediendo cualquiera al presidente del Consejo en este punto.

Un dean con 5,000 y el de Toledo 6,000. Cinco dignidades: arcepreste, arcediano, maestro escuela, chantre y tesorero, completamente inútiles, porque el primero no hace nada más que otro canónigo cualquiera; el segundo no tiene en la actual disciplina diáconos que presidir, ni el tercero escuela que regentar, ni el cuarto canto ó música en que entender, que para eso están los pobres y mal pagados maestros de la capilla, sochantres y organistas, buenos profesores sujetos a ese zángano que no sabe música, y el cuarto no maneja ni tres duros. Total, cinco

ganas a 4,000 pesetas sin ser necesario grado, oposición ni nada más que el capricho de un ministro ó de un obispo.

Cuatro canónigos de oficio: lectoral, doctoral, magistral y penitenciario, inútiles por lo menos los dos primeros, que ni tienen escuela de teología que regir ni pleitos de cabildo que defender. ¡Medrada estaría la corporación si no tuviera otro defensor que el doctoral! Pero al cabo, estos cuatro entran por oposición, buena ó mala, y están graduados. Cobran 4,000 pesetas por barba.»

Etcétera, etcétera.

Ahí no se habla más que del ganado lanar. Que luego meta usted la pluma al ganado vacuno, y hay que ponerse las manos en la cabeza, el candado en el bolsillo y abrocharse después.

Y apesar de sudar tanto y tanto, ¡todavía oye usted a los señores decir:—¡Se ha perdido la fel! ¡No hay creyentes!

Prueba palmaria de que... ó no trabajan ó el cielo no los oye.

¡Porque nosotros les pagamos buenos sueldos!

Pregunta un periódico madrileño:

«¿Quién se compromete a procesar a Sagasta y consortes y a realizar economías por valor de cien millones de pesetas?»

¡Vol...!

A cogermela palabra, ¡y vengan los ayos!

Pero... ¡aprisita, aprisita, antes que la peste bubónica me quite de enmedio!

Dice un francés y escritor que las colonias perdidas por España, no han dejado a la nación en ruinas.

Que perdiendo hemos ganado... ¡Vaya unas cuentas magníficas!

¡Pues no veo la tostada, buen monsieur, por más que diga!

Si yo tengo dos relojes y cuatro ó cinco sortijas, y viene un yanki furioso y me las roba ó las quita, ¿cómo me prueba que gano!

¡Me gusta esa teoría!

Hemos perdido... ¡y bastante!

Se nos han venido encima cien cuadrillas de ladrones que robaban por las islas.

Hemos perdido los mares, hemos perdido las fincas, ¡y no digo la vergüenza porque esa estaba perdida!

En cambio, ¡qué hemos ganado!

Una deuda que arruina, una cosecha de frailes, de curas y beatitas... ¡y siga usted apuntando si tiene papel y tinte!

Madrid, capital de Marruecos; digo, de España.

«Los señores Dato y Cortezo visitaron a Silvela para comunicarle sus impresiones de la visita que hicieron al depósito de cadáveres del cementerio general del Norte.

Dicen que el aspecto de aquel sitio es horrible.

Los cadáveres son descubiertos por perros y por buitres, mientras los nichos sirven de albergue a los golfos.»

Con que si ustedes quieren, después de muerto, no aburrirse, ya lo sabéis: a Madrid, y que os entieren en el cementerio general del Norte.

Allí se goza la grata compañía de los perros y de los buitres.

—¡No crea usted eso, que es un timol—dirá alguno.—Salidas extraordinarias de los presupuestos.

—¡Bien, bien!... Pero hay que hacerle coro para que se haga el negocio.

Corre por toda la prensa de España la noticia siguiente:

«Se ha dictado una real orden en la que se previene a los gobernadores que cuando el número de pordioseros aumente en alguna localidad considerablemente y no sean suficientes los asilos benéficos para acogerlos, se reintegren a los pueblos de la naturaleza de cada cual, proveyéndolos de cartas de caridad y encargando a la guardia civil que los vigile para que no alteren la ruta que se les trace.»

Como se lleve a efecto esa real orden, se queda Madrid deshabitado.

Y vamos a ver un centenar de diputados, por lo menos, con cartas de caridad y conducidos por la guardia civil.

¡No todo ha de ser malas noticias!

«En todas las regiones de España promete ser abundante la próxima cosecha de vinos.»

¡Loado sea Dios, que, al menos, mira por los borrachos!

Micer Francisco Imperial titúlase un curioso folleto dado a luz por Manuel Chaves, estudioso é ilustradísimo escritor sevillano.

Este nuevo librito contiene una colección de curiosos apuntes bio bibliográficos, relacionados con el ilustre poeta genovés que floreció en Sevilla en el siglo XIV, y a quien llama el señor Chaves «el más antiguo poeta de la escuela sevillana de quien se tiene exacta noticia.»

Es un trabajo curioso que prueba la laboriosidad, paciencia y estudios del Sr. Chaves, pero que maldita la falta que hace.

Manuel Chaves tiene sobrada disposición y fuerza intelectual para parir cosa de más provecho que esos apuntes.

Déjese de buscar por los rincones de las bibliotecas esas ñoñerías y estruje su cerebro.

¿Va usted también a tomar el camino de los literatos de... Leo, corto y pegot...!

CARRASQUILLA.

UNA "INTERVIEW" CON WEYLER

En Aguas Buenas, donde el general Weyler se encuentra en la actualidad, ha hecho declaraciones de alguna importancia al distinguido redactor de El País Sr. Palomero.

Hé aquí algo de lo dicho por el general, aclarando lo que los corresponsales de Palma de Mallorca le achacaron.

Habla Weyler:

«Algunas de aquellas afirmaciones fueron hechas por mí en conversaciones particulares, y de ninguna manera pueden tener la importancia que han querido concederlas.»

Recuerdo que hablábamos de la autonomía, y yo precisamente me expresé en sentido favorable al mantenimiento de la unidad de la Patria, porque entiendo que cuando ésta falte en este desdichado país, el desquiciamiento vendrá inmediatamente y sabe Dios a dónde iremos a parar.

Hablar de autonomía es perjudicial a todas las regiones, y hay muchas de éstas en las cuales la administración sería peor que la actual, si fueran independientes.

Estas fueron las verdaderas declaraciones mías, pues ante todo no olvido nunca que soy general y los generales no pueden, no deben hablar de política.

Me parece ocioso volver a puntualizar mi criterio, a decir otra vez cuál es mi línea de conducta.

Yo soy liberal, algo más que liberal, aunque me hayan hecho figurar más de una vez en combinaciones políticas con las que jamás simpatice, y hasta se haya asegurado que yo me inclinaba hacia un partido que motivó días de luto para España, y cuyo partido fué siempre rechazado por mí.

Mi ideal es la Patria, que está por encima de todas las pasiones y de todas las cosas, y mi apoyo será contentamente para los que opinen de esta manera.

Hablando de la concentración propuesta por el general López Domínguez, dijo que le agradaba ese proyecto de su compañero.

La frase de López Domínguez respecto de ese asunto—añadió—cueste lo que cueste es preciso hacer la concentración de todos los partidos, me parece muy expresiva, y entiendo que debe ser aceptada por todos los que se inspiran en el bienestar de la nación.»

Después habló de las economías, que es preciso hacer en todos los departamentos.

La afirmación del general Weyler acerca de la tan deseada reducción en los gastos es harto conocida.

«No puedo decir nada nuevo de esto. Lo que yo soy, y lo que pienso, escrito y rectificado está.

Los que duden, que lean y estudien mi último discurso pronunciado en la alta Cámara.

Bien puede deducirse que considero necesarias las economías en todos los órdenes, sin respecto alguno a convencionalismos de ninguna clase.

Yo, como militar, amo al Ejército sobre todas las cosas, y no obstante quiero que sea castigado también en el presupuesto de gastos, por propia dignidad suya, igual, igual que las demás clases del país.

Todo eso falta en la obra económica del actual gobierno, que fracasará indudablemente como lo han confesado el Sr. Pidal y el general Martínez Campos.

Este hizo con solo cuatro palabras la semblanza exacta de algunos hombre de la situación conocidos de antiguo.»

Preguntado el general Weyler que quién opinaba sustituiría a Silvela cuando el fracaso de este político llegue, contestó que era muy difícil averiguarlo y añadió:

«Los odios políticos convierten en pequeñas una cuestión grande para la Patria. De mí diré que sólo me retiraré el día que la opinión me lo exija.»

Respecto de la capitulación de Santiago de Cuba, dijo que la absolución del general Toral era esperada por la opinión sensata.

El Consejo Supremo de Guerra y Marina sabe muy bien que Toral no fué el verdadero culpable de la rendición de la plaza.

Los mismos americanos temían tener que abandonar Santiago sin entrar en su recinto.

Se apresuró la capitulación por las órdenes recibidas.

Yo hubiera salido de la plaza rompiendo el cerco antes que capitular.

La salida de la escuadra me causó gran sorpresa y lo sentí. Así he de manifestarlo á mis amigos en el Senado.

Y con estas palabras terminó Weyler su *interview* con el Sr. Palomero.

¡Esa Diputación!

CHIPIONA

Triste espectáculo se presenta ante las personas cultas en estas playas. Todos los *touristas* y *bañistas* quedan con el alma lacerada al ver agrupaciones de niños de los que envía el benéfico establecimiento del Asilo. Unos á otros se ayudan á vestir y á vendar sus mutilados miembros; allí se ven llorar á continuo, y cuando se les pregunta, contestan que se les tiene abandonados por las *madres de Caridad*, y se ve que no les acompañan al baño con exposición de sus vidas; pero en cambio, se las ve de visita en casas de personas muy caracterizadas del Corazón de Jesús.

Dicen estos tristes seres, que se les da malos tratos si piden las medicinas, que se les niegan por no tenerlas; y más de una señora ha tenido que abonarse y comprárselas, y calificando á la Diputación y sus encargadas de no muy buenos epítetos.

Infame mil veces el que hace ostentación de Caridad y profana el nombre más digno del Evangelio, y más con seres tan desgraciados, que ni un mal vendaje son dignos de llevar.

No creais, Sr. Director, que es novela, que es más que historia, es tragedia y personas de muy buenas posiciones me lo han notificado y pueden atestiguarlo para mengua de esa sociedad de señoras madres ó hermanas de los pobres.

Hay que combatir estos episodios, al mismo tiempo que somos españoles amantes de nuestra capital y de todo lo que concierne con ella. También hay extranjeros, y no pueden por menos que extrañarse de la conducta que observan con estos infelices desheredados.

No me extrañará mucho que no lleguen estas líneas á vuestro poder, pues se ejerce en esta administración una estrecha censura, pues ni el conductor es de la clase de Correos, ni hay formalidad en nada de lo que ejerce en este ramo. La que es respetada es la correspondencia del convento, distante un kilómetro, y que contiene cerca de 200 robustos jóvenes, que se pasean confundidos con los bañistas por pueblo y plazas; la mayoría van en coches de paseo, que compiten los señores cristianos del Corazón ó del hígado de Jesús, por llevarlos en sus coches.

Hay un hermoso sanatorio, construido hace dos años, que bien llamado lo han tenido por no ofrecerlo á los pobres soldados heridos de Cuba, cuyo local es espacioso y sirve para Miramar de los susodichos *reglanos*.

Espero, Sr. Director, que, en nombre de la Caridad, no echéis en olvido lo de los pobres niños, que quizás sea tiempo para todo y de remedio.

En nombre de todos se le agradecerá lo que insertéis.

De usted afectísimo s. s., q. b. s. m.,
FRANCISCO P. DEL P.

Chipiona 18 Agosto 1890.

De actualidad

LA PESTE BUBÓNICA

Oporto.—Se han interceptado más de 150 tarjetas postales conteniendo amenazas feroces contra el Dr. Jorge, por haber denunciado la existencia de la terrible epidemia.

Las tarjetas proceden de comerciantes que se sienten indignados ante los perjuicios que la declaración oficial de la enfermedad les irroga.

Cuando se inaugure el nuevo hospital, cuya construcción está terminándose, serán llevados á él los atacados de la peste, suprimiéndose el aislamiento en las casas particulares.

Se teme que surjan conflictos de seguir la actitud de la población contra las autoridades.

El gobernador está resuelto á sofocarlos por la fuerza.

LO DE LARACHE

Tánger.—Abordo de un vapor turco han llegado 452 peregrinos, procedentes de la Meca.

Habiendo circulado el rumor de que durante la travesía habían ocurrido algunos casos de peste, se les prohibió desembarcar, enviándose el barco al lazareto de Mogador.

Es inexacto lo de haber ocurrido algunos casos de dicha epidemia en Larache.

La salud es inmejorable en todo Marruecos, habiéndose adoptado serias precauciones.

ACTITUD INFAME

Oporto.—Los datos suministrados por el Dr. Jorge demuestran que el gobierno portugués y el cónsul español eran sabedores de la existencia de la epidemia, reservando la declaración oficial de la misma, por no restar bañistas españoles á las playas portuguesas.

Los veraneantes están indignados, esperando la colonia española que el gobierno confirme el relevo del cónsul.

OPINIÓN DE PESO

El ilustre cirujano español doctor D. Federico Rubio teme que se haya vuelto al antiguo procedimiento de fumigaciones y de estaciones sanitarias, por entender que dicho sistema constituye una equivocación altamente perjudicial.

A juicio del reputado médico, es necesario desterrar el sistema de las fumigaciones.

MEDIDAS DE RIGOR

El gobierno ha recibido telegramas de Berlín dándole cuenta de que los representantes de los Estados Confederados se han reunido acordando declarar sucias todas las procedencias de Portugal.

Igual medida se tomará con la española que proceda de puntos en contacto con aquél Estado.

SE SUPRIME LA ESCALA

El vapor *Isla de Luzón*, de la Compañía Transatlántica de Barcelona, que se dirige á la América del Sur, no tocará en Lisboa.

Mientras duren las actuales circunstancias, los buques de la citada Compañía no harán aquella escala.

IMPRESIONES

El director de la guardia civil ha conferenciado con el Sr. Dato, expresándole las impresiones que tiene de su viaje de inspección por las provincias fronterizas con Portugal y mostrándose satisfecho de su visita.

PARA EL ACORDONAMIENTO

El subsecretario de Guerra ha conferenciado con el Sr. Dato para comunicarle que ha dado las órdenes oportunas para que salgan con dirección á Orense fuerzas de distintos puntos de Galicia, con objeto de terminar el acordonamiento.

De Madrid marchará con igual destino el regimiento de Covadonga.

TELEGRAMA DE UN GOBERNADOR

El gobernador de Pontevedra telegrafía al ministro de la Gobernación que es inexacto que fuera el de 39 el número de individuos que burló la vigilancia ejercida en la frontera, atravesando en una barca el río Miño.

En la embarcación iba solamente un pasajero, el cual fué detenido.

PRECAUCIONES

Un telegrama de Gibraltar dice que las autoridades inglesas han comenzado á aplicar rigurosas medidas contra las procedencias de Oporto.

ES BENIGNO

El doctor Pino dice desde Figueira que la epidemia es de escasa fuerza expansiva.

BURLANDO EL CORDÓN

Han llegado á Talavera de la Reina 25 individuos, procedentes de Portugal, que atravesaron la frontera burlando la vigilancia que se ejerce en ella.

El gobernador ordenó que fuesen fumigados, imponiéndoles además una fuerte multa.

EL DOCTOR JORGE PELIGRA

El doctor Costa, contrario en opiniones á las del doctor Jorge, agredió á éste.

A más el domicilio del director del hospital de la Misericordia lo rodean varios grupos hostiles.

La policía dió repetidas cargas sin lograr disolverlos.

Dícese que mañana se acordará Oporto, y de ocurrir esto, vendrá seguramente un grave conflicto.

Hasta hoy no existe dificultad para entrar ni salir en Oporto.

FANTASÍAS DE VERANO

El Liberal comenta, calificándolo de fantasías de verano, un artículo que firma Frederic Pichereau, y en el que se hacen consideraciones acerca del porvenir de España, artículo que ha reproducido *La Epoca*.

El articulista cree que nos han favorecido la pérdida de las colonias y que debemos dedicarnos á restaurar nuestra influencia continental, buscando la expansión de nuestro territorio por el lado de Marruecos, seguros de que Francia nos ayudaría.

El Liberal expone entre otras razones que Inglaterra se opondría á que fortificásemos la zona gibraltareña.

Y acaba diciendo: Cuidemos nuestra casa, no las ajenas.

También se ocupa de lo mismo *El Globo*, y coincidiendo con *El Liberal*, cree no debemos meternos en aventuras, aunque alguien nos aconseje, cuando todavía tenemos los huesos rotos por defender la honra, la historia y los dominios indiscutibles de la vieja España.

DÓNDE ESTÁ LA PATRIA

El País, comentando las frases del general Weyler, «soy servidor de la patria» dice que sirviendo á la patria se cumple con todos los deberes exigibles.

Mas á la patria no se la sirve dentro de los partidos monárquicos.

De éstos, el actual ha fracasado y el liberal está disuelto é incapacitado.

Ruiz Zorrilla

Estaba de Dios que yo había de ser secretario interino de los personajes.

Después de haber ejercido este delicado cargo cerca de Sagasta, fuí á parar con mis huesos á la secretaría de D. Manuel Ruiz Zorrilla, siendo éste Jefe del Gobierno, el mismo año en que D. Amadeo de Saboya tuvo á bien renunciar la corona de España.

Era secretario particular efectivo del famoso revolucionario un Sr. Gil Marconell, excelente persona, que no disfrutaba de una cabal salud, y tenía, por consiguiente, que abandonar su importante misión con dolorosa frecuencia.

Dos ó tres meses antes de la abdicación de D. Amadeo, Marconell cayó en la cama, víctima de un catarro pulmonar, y yo tuve que encargarme de la Secretaría del presidente, que no me había visto nunca, ni tenía la menor noticia de mi existencia.

El primer día me presenté en su despacho con cierta cortedad, creyendo tener que habérmelas con uno de esos señores serios y mahumorados que contestan desabridamente y gruñen por todo.

—Nada de ceremonias—me dijo al ver que me inclinaba en señal de respeto—vengan esas cartas y las firmaré mientras tomo el chocolate. ¿Cómo se llama usted?

—Fulano.

—Perfectamente. Siéntese usted.

Eran las ocho de la mañana, pues D. Manuel había establecido la costumbre de despachar sus asuntos particulares en las primeras horas del día.

En la mesa de despacho humeaba el chocolate servido en *marcelina*.

La *marcelina* era una lujosa fuente de plata en cuyo centro tenía una especie de canastillo para sujetar la jicara.

Al lado de ésta había un vaso de agua y sobre él un azucarillo; junto al vaso dos rebaldas de pan tostado.

D. Manuel colocó la *marcelina* á su derecha y se puso á firmar las cartas que yo le había llevado, estableciendo un turno pacífico entre el chocolate y la correspondencia; es decir, echaba una docena de firmas, y sin soltar la pluma, mojaba un pedacito de pan en el chocolate. Después volvía á firmar y suspendía la tarea para comerse la sopa.

Yo contemplaba en silencio á aquel personaje, una de las primeras figuras de la política española, y admiraba su sencillez y su llaneza.

—¿Conque el pobre Marconell está malo?—me dijo.

—Sí, señor; tiene un catarro pulmonar—contesté.

—Yo iría á verle—siguió diciendo sin suspender su tarea—pero me es imposible. No me queda tiempo para nada ¿Querrá usted creer que necesito cortarme el pelo y no sé cuándo?

En aquel momento entraba en el despacho Ricardo, el ayuda de cámara que iba á recoger la *marcelina*, y á preguntar al presidente si almorzaba en palacio.

—No, hoy almuerzo aquí—le dijo D. Manuel echando la última firma y poniéndose en pie.—Tráeme la ropa.

Y mientras el criado le ayudaba á ponerse el traje de frac, yo comencé á darle cuenta de las cartas recibidas y á tomar nota de las respuestas que había que daries.

—¿Va el señor á llevar esas botas?—preguntó Ricardo fijándose en las que tenía puestas el presidente.

—¿Por qué no?—dijo éste con extrañeza.

—Cree que llevaría las de charol.

—¡Ta... ta... ta... Estas son más cómodas—replicó D. Manuel.

Entonces dirigi una mirada á las botas: eran de rusel con punteras charoladas, y con ellas se fué á palacio aquella mañana el presidente del Consejo de ministros.

Cuando hubé terminado mi delicada misión cerca de él, pedí licencia para retirarme.

—Vaya usted con Dios—me dijo.—Ya le habrá dicho Marconell cuáles son mis costumbres. Al la hora de comer pásese usted por aquí por si tenemos que contestar alguna carta urgente.

A la hora indicada me hice anunciar por un criado y fuí introducido en el comedor donde el presidente había sentado á la mesa á dos ó tres amigos de confianza.

La única señora que había allí era la de don Manuel, una dama discretísima, de carácter tranquilo y de una sencillez encantadora.

—¿Quiere usted comer?—me preguntó el Jefe con la mayor naturalidad del mundo.

—Gracias, ya lo he hecho.

—Pues tomará usted café.

Yo no salía de mi sorpresa al verme mano á

mano con el jefe supremo del gabinete, y era tal mi turbación, que se me cayeron los terrones de azúcar y la cucharilla, y estuve á punto de volcar el azucarero.

Mientras duró mi secretaría pude observar que D. Manuel era hombre de carácter entero, de costumbres sencillas y de una buena fe rayana en la inocencia.

Por nada del mundo renunciaba á sus costumbres ni hacía traición á sus tradiciones de castellano viejo.

Una mañana, mientras su criado le ayudaba á ponerse el frac para ir á Palacio, of que le decía D. Manuel:

—Anda, tráeme la sopa.

Yo, que había perdido parte de mi timidez, alentado por la confianza de que me había hecho objeto, me permití preguntarle:

—¿No va usted á almorzar con el rey?

—Sí, pero yo, si no tomo sopa de ajo, me parece que no almuerzo—contestó el presidente del Consejo de ministros.

Y, efectivamente, dos minutos después Ricardo le servía las inevitables sopas de ajo en la misma mesa donde más tarde había de firmar D. Manuel la disolución del cuerpo de artillería.

No se me borrará nunca de mi memoria la cara de D. Manuel el día en que D. Amadeo de Saboya abandonó para siempre á España.

Yo subí al despacho del presidente para darle cuenta de un telegrama importante que le dirigía un amigo suyo de Burgo de Osma, y me lo encontré pálido, nervioso, con la frente apoyada en las manos, puesto de codos sobre la mesa.

Entré en su despacho sin que él notara mi presencia, y tuve que llamarle la atención para que saliese de su ensimismamiento.

No creo mentir si digo tenía los ojos llenos de lágrimas.

Me oyó leer el telegrama sin fijarse ni transmitirme ninguna orden, y yo me hice cargo de la situación y salí del despacho silenciosamente. En la puerta tropecé con D. Nicolás M.^a Rivero, presidente entonces de la Cámara popular, y of que decía á D. Manuel.

—¿Qué es eso? ¡No hay que amilanarse! ¡La república se impone!

Y no éf más, ni volví á despachar más cartas, ni á ver á D. Manuel.

Lo único que hice fué llevarme á mi domicilio varias cajas de papel vitela superior, con el nombre de la «Presidencia del Consejo de Ministros», que ya no servían para nada, y que yo estuve utilizando durante mucho tiempo como cuartillas para la imprenta.

Esto es todo lo que he sacado de mi secretaría particular interina.

LUIS TABOADA.

El arroyo y el charco

(FABULILLA DEDICADA Á RODRÍGUEZ LA ORDEN.)

Una tarde de Otoño, en agreste campo y á la luz mortecina de un sol que agonizaba, presencié la escena que os voy á referir.

Un charco, de agua cristalina, espejo del cielo matizado de nubes rosadas, y un travieso arroyo, nacido de una peña, en la cima de un monte lejano, se miraban frente á frente.

Uno altivo y murmurador; callado y humilde el otro. Dos personajes auténticos y simbólicos.

El primero, aprisionado en un estrecho círculo de tierra, esperaba con heroica resignación el día en que el sol ardiente consumiera su cuerpo. Siempre mudo, siempre triste... como las aves y el cielo en Otoño.

El hablador y orgulloso arroyo amenazaba llegar al charco y arrastrarlo en su corriente, sirviéndose de él para aumentarla.

Esa tarde á que me refiero, el charco, herido en su amor propio por el desdén con que le miraba el vanidoso arroyuelo, hablóle de esta manera:

—Loco, ¿por qué murmuras? ¿No sabes que el desprecio á los débiles, á más de ser una injusticia, es una estupidez notoria? ¿De qué te enorgullecés?

El arroyo miró al charco, escupió en su faz, y siguiendo su carrera, murmuró:

—¡Infeliz! ¿Te atreves á hablarme? ¿Al que puede hacerte desaparecer, insultas? Pobrecillo, eres idiota. En estos tiempos que corren de libertades, cualquiera se atreve... Me río de tu insolencia.

Y el pobre charco replicó de este modo:

—Sí, ¿de qué te enorgullecés? ¿Hoy tiempo de las libertades? ¿Dónde aprendiste disparate tal? Hoy, tiempo de las victorias del más fuerte; hoy, sumisión del débil al engrandecido, se puede hablar como en todas las épocas, si se proclama la causa del derecho, que no hay fuertes ni débiles, sino hermanos. Ese orgullo, ¿en qué lo cifras? Nacido de la tierra, sirves al río. Yo nací en el cielo y convertido en vapor voy á morir en él. Fui lágrimas de una nube; en mi seno nacen florecillas de aromas inefabes; tú arrastras todo lo que encierras á tu paso. A